

# El Premio Nacional de Historia 1978

Del abigarrado complejo residencial del barrio alto de Santiago, en aquel sector que deslinda con el caudal del río Mapocho, aparece medio oculto entre los edificios, el verde lomaje del cerro San Luis. En la calle inmediata de Augusto Leguía, en la quietud del jardín de su hogar, rodeado de madreelvas y flores, apartado del ruido de la gran urbe, medita y escribe todavía un erudito de las ciencias históricas: don Juan Luis Espejo Tapia.

Noventa y un años bien vividos y trabajados de su dilatada existencia, mantienen todavía enhiesto y muy lúcido a este hidalgo chileno de la más pura cepa, que en su tranquila morada acaba de recibir el reconocimiento ciudadano a su notable obra investigadora, al ser conferido el Premio Nacional de Historia de 1978.

En el umbroso jardín, junto a las plantas que tanto ama, inclinado sobre su mesa de escribir, lo hemos visto trabajar incansablemente revisando sus comentarios a la "Crónica del Reino de Chile", de Jerónimo de Vivar, sobre el período de la Conquista, cuya publicación ayudara a impulsar hace más de un decenio y que apareció por desgracia sin la erudita introducción que le encomendara don Guillermo Feliú Cruz.

Resulta impresionante y muy alentador, haber podido contemplar a don Juan Luis Espejo en plena actividad investigadora, desafiando los muchos lustreros que cargan sus espaldas a una edad tan avanzada, cuando casi todos han abandonado tiempo antes el quehacer intelectual.

Por sus venas corre sangre de grandes intelectos: su padre, don Juan Nepomuceno Espejo Varas, fue rector del Instituto Nacional por más de cuarenta años, figura saliente en la educación chilena. Su abuelo, don Juan Nepomuceno Espejo Bravo, destacó desde su juventud como diarista y ardoroso polemista de ideas liberales, junto a Lastarria, Bilbao, los Matta y los Gallo.

Don Juan Luis Espejo, ha sabido continuar impertérrito por la senda que se trazara en su juventud junto a sus grandes amigos y destacados valores de las ciencias históricas en nuestro país, don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, don Tomás Thayer Ojeda, don Guillermo Feliú Cruz, por sólo nombrar algunos, dignos continuadores de aquel gran escrutador del pasado de Chile y de América, don José Toribio Medina.

Al clarear este siglo XX, había quedado en evidencia, que el quehacer historiográfico no podía ser cultivado como un mero pasatiempo literario ni como un amasijo de suposiciones antojadizas. Para merecer tal calificativo, todo trabajo histórico debía estar dotado de una estructura sólida, asentado en firmes cimientos que reforzaran sus afirmaciones, con la mención precisa de sus fuentes y el análisis crítico de las mismas, sustentando debidamente la síntesis con inferencias lícitas, junto a una exposición armónica y congruente de sus resultados. Todo estos elementos bien trabajados debían producir la historia científica.

Para la consecución de estos fines, era indispensable el concurso de las ciencias auxiliares de la historia, tales como la geografía, la antropología, la etnología, etc. Entre estas ciencias auxiliares, destacan las llamadas ciencias instrumentales, como la bibliografía, la paleografía y la genealogía.

Fue a la genealogía —aquella encumbrada rama del saber histó-

rico tan solicitada por los intereses de la rancia aristocracia y muchas veces retorcida y deformada— a la que consagró don Juan Luis Espejo sus mejores esfuerzos desde muy joven, con el fin de aportar a nuestra historia, una visión exacta y absolutamente documentada de los elementos integrados de la sociedad chilena en su período formativo de los Siglos XVI, XVII y XVIII.

Muchos fueron los años en que pasó desempolvando raldos documentos, descifrando antiguas grafías y cotejando nombres, fechas y acontecimientos en los fríos archivos curiales, estatales y de escribanos. Viajó en su empeño, a los archivos de Lima, Sevilla y Londres.

Fruto de tan tesonera y admirable labor, fue su documentado y vasto "Nobiliario de la antigua Capitanía del Reino de Chile" que terminó de imprimir en 1921, y que volvió a ser editado en 1967, con el título de "Nobiliario de la Capitanía General de Chile" con un prólogo de Jaime Eyzaguirre. Trátase de una obra fundamental para la historiografía chilena, producto de la más esmerada investigación de los documentos de la Conquista y la Colonia.

Esta obra capital, fue sucedida por numerosos estudios y ensayos de gran valor histórico, en los que marca la tónica la prolija investigación documental. Apareció así su notable "Historia de Cuyo" en el período en que formó parte de la Capitanía General del Reino de Chile, obra considerada de trascendencia en la historia de la nación hermana. Su genio prosista se expresó en su colección de cuentos titulada "Los amigos de Gómez Barbadillo".

Su actividad en el terreno de las organizaciones destinadas al cultivo de las ciencias históricas en Chile es memorable. En 1911, todavía muy joven, acompañó a don Enrique Matta Vial en la formación de la "Sociedad Chilena de Historia y Geografía", en cuyos trabajos e investigaciones participó activamente durante muchos años. En 1933 contribuyó a la formación de la Academia Chilena de la Historia de la que fue su primer secretario. Ya en 1926 le cupo el honor de ser designado miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid. Pertenece desde hace años a muchos institutos, academias y sociedades de las ciencias históricas de varios países.

Su vida profesional como ingeniero ha sido también variada y activa. Trabajó en la Comisión de Límites con el Perú en Tacna y Arica. Ingresó a la Dirección de Impuestos Internos en el departamento de Bienes Raíces del que jubiló como jefe. Puede afirmarse que conoce como pocos el desarrollo de la propiedad raíz en Chile en cuya investigación gastó grandes esfuerzos.

Formó su hogar con doña María Luis Armstrong Urizar y son sus hijos don Francisco Javier, abogado; don Juan Luis, ex militar y contador y doña María Luisa.

El ocaso de la vida suele ser para muchos, una etapa amarga y dolorosa, dominada por el tedio y el desengaño. Tan diferente resulta para el investigador reputado, para el que cada año que transcurre parece acrecentar y ofrecer mejores perspectivas al caudal de sus conocimientos, aquietando sus corrientes, clarificando su contenido, y como un Néstor, puede ofrecer sus sabios consejos a los que comienzan a caminar por su senda.